

Del otro al mismo: adiós a Jean Baudrillard

Fabián Sanabria*

Nuevamente su imagen en la ventana. Retrato de perfil a blanco y negro. Costado derecho hasta el límite de la nariz. Sólo el costado derecho. Cabeza suficiente y buen cuello. Lo demás en penumbra. Mira fijamente intentando sonreír. No puede. Si alguien quiere una ampliación su rostro se quiebra. Es así. Hay que dejarlo de ese tamaño. Se trata de un recorte. ¿Cuántos intentos? Cientos. Aunque cientos sean pocos. El mismo tomó la fotografía. Ante el espejo de otros. ¿Qué importa?

Con esas frases evoco la memoria del autor del *Intercambio imposible*. La imagen corresponde a la descripción de un “tramoyista contemporáneo”. Alguien que abre un montón de ventanas, chatea y muestra sólo un lado de su rostro —jamás sus sentimientos. Si se quiere estamos ante un seductor cuyos objetos siguen existiendo y simultáneamente desaparecen... No hay otra escena que la pantalla de su red. Individuos como él han abandonado la trascendencia. Porque hoy la piel es lo más profundo.

Como Guy Debord, Jean Baudrillard fue uno de los primeros sociólogos en ilustrar sutilmente los gestos de los agentes de consumo: *in girum imus nocte et consumimur igni*.[♦] Supo retratar irónicamente al prototipo de hombre-máquina que pretendía realizar sus deseos a través de la velocidad para convertirse en actor privado de toda dramaturgia. ¿Sujeto entregado a la ficción? Indudablemente. Personaje típico del reino del *como si...*, donde todo gira entre ambivalencias y ambigüedades que nada deciden, pero fluyen muy ligero... La

* Antropólogo y Doctor en sociología de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París. Profesor asociado de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá.

♦ Giramos en la noche mientras nos consume el fuego.

atracción fatal que encarna el escurridizo encanto de enmascarar nuestras interacciones sociales –por fuera de toda falta.

La obra de Baudrillard es una fotografía de nuestra época. Con ella podemos observar mejor la “miniaturización” de los cuerpos y los placeres, pues todo está concentrado e inmediatamente disponible. El planeta se abre cerrándose y las fronteras delimitan cada vez más “tierras de nadie”. El exceso nos troquela señalando otra clase de defectos: demasiado poco tiempo, amplias penurias de espacio, múltiples referencias individuales. Nuestro yo, ¡nos asesinan el yo! Los recuerdos se borran y los relatos de mediana duración desaparecen. Sólo es creíble lo que se ve y las imágenes se transforman en espectáculo. Las actividades domésticas han cedido la plaza en primer plano a los medios. Las escenas del teatro cotidiano –tras perder la distancia mínima que protegía el rol más íntimo de sus actores– estallan. Ya no hay aberración sino éxtasis comunicativo. Los objetos se han vuelto demasiado visibles y solubles. El mundo es obsceno.

Pero somos solicitados y normalmente tenemos derecho a opinar. Ahora mismo surgen nuevos juegos: de expresión, de competición, de promiscuidad, de azar, de rol. El universo es cálido. Los espectros nos fascinan. Hay que decirle adiós a las nostalgias del “todo tiempo pasado fue mejor” y a las distintas variantes del “mito del progreso”. Desde hace años son despreciables los históricos. Se debe disimular en medio

de la esquizofrenia, estar abierto aunque se viva confuso, aprovechar la proximidad absoluta pese a la pérdida de los límites, demostrar que se está vivo así nos asfixiemos en el intento.

En medio de torbellinos seguimos soñando aunque luces y sombras constituyan un nada que ver para comprobar la inutilidad objetiva de las cosas. Antes había que esconder el sexo y manifestar lo político. Hoy la desnudez de ambos campos traduce su ausencia. Los cuerpos esbeltos se tornan aburridos y el Ágora abandonada. Pero no todo es nudo ciego. Regularidades se verifican. Entre burocracias e ideologías decadentes asistimos a rituales de transparencia. Así abundan los campos de refugiados y multitudes errantes desborden al cosmos, gozamos del complejo de “niños rebeldes”.

Antaño nos obsesionaba parecernos a los demás y refugiarnos en el anonimato. Hoy es necesario el sí mismo pues los otros virtuales pueden abolirnos. ¡Pero sin tomar la iniciativa! El mayor artificio suele ser la artificialidad técnica. Por eso exaltamos el detalle y buscamos deslocalizar el deseo: sofisticamos los cuerpos. La seducción radica en la metáfora. Desaparecer en vez de morir, movimientos más puros, enmascaramientos. Precipitarse, desinhibirse. El más allá es aquí y ahora. Cómo vivir nos ha sido dado. Superficies y apariencias conforman mejores territorios. Rasgos instantáneos, sin desciframientos. No más saber ni verdades, tampoco esperanzas. Apuntar siempre al lado, dar rodeos. Exteriori-

zarse. Entregarse a la coquetería de divagar entre presencias y ausencias.

Contra la visión banal de lo fatal, Baudrillard plantea una perspectiva fatal de lo banal. Una reversión inmanente de todas las empresas racionales de estructuración del poder. En la excrecencia productiva, en la relación con el cuerpo, aún en la monotonía existencial pareciera esbozarse lo contrario de una servidumbre voluntaria: un genio de la indiferencia que se opondría sagazmente a todas las iniciativas de sentido y diferencia, algo fundamentalmente inédito de la desviación por exceso, una reversibilidad que mana de nuestras transgresiones ingenuas. En ese horizonte lo social crea condiciones fatales para él mismo, la historia se desdibuja dando lugar a formas enloquecidas y extáticas, las masas se sitúan sin proponérselo en el punto muerto de un sistema alienante donde desaparecen. El universo se ha dejado sorprender un instante. La fatalidad sólo implica metamorfosis de los efectos, una anticipación del final que no podrá ser franqueado, enigma perpetuo, si se quiere *fata morgana*, tentación de “pasar al otro lado” negando el futuro de las cosas. Y aunque resulta absurdo el devenir objeto del sujeto, no es menos inconsecuente que convertir en sujeto al objeto. El objeto entonces se oculta contando su propia fábula. Tal vez volviéndose destino, signo más puro, forma pasional que se cristaliza y puede vengarse.

Ingresamos a la *pasión de ser objeto* porque el sujeto ya no posee el monopolio de la seducción. Ésta más

bien es el campo del objeto, cargado de astucia, desafío y venganza. Y ese ámbito no podrá ser más ocultado por el sujeto pues estamos en el reino de las “pasiones a secas”, donde no hay más autonomía ni responsabilidad sino indiferencia: pasiones de astucia, de silencio, de conformidad con ataduras gratificantes, opuestas al deseo de libertad y trasgresión. Y ¿qué resta de esto? Impaciencia. La maravillosa experiencia de no buscar un “sentido” sino mezclar afanosamente las apariencias.

El autor de medio centenar de libros “postmodernos” se ha ido. Concluyendo estas líneas no puedo dejar de sonreír ante ese apelativo, con el que tras su partida los medios de comunicación sellan su obra. En estos días he encontrado uno de esos cuadernos ferrocarril de Claire Fontaine que tanto gustaba a otro amigo. Cuando Baudrillard lanzó su libro del *Échange impossible*, recuerdo haberlo escuchado en la Rue Royale del Espacio Paul Ricard, donde lo invitaba frecuentemente Michel Maffesoli. Me resta transcribir algunas de las expresiones de esa velada: Los objetos son así y basta, teoricémoslos desapareciendo, siendo cada vez más irónicos y seductores que ellos, tal vez más reales reconociendo que cabe lo posible en el término im–posible, practiquemos el exorcismo de la fatalidad. Seamos estoicos: si el mundo es nuestro destino fatal, seamos más fatales que él... si el otro que anhelamos nos mira indiferente, hay que vencerlo seduciéndolo con una indiferencia más noble que la suya.

Bogotá, 7 de marzo de 2007.